

Comentario al evangelio del miércoles, 8 de abril de 2020

Queridos amigos y amigas:

El lunes Isaías nos invitaba a mirar (al Siervo). El martes a poner atención (atención, amor, cuidado, enfoque, fuerzas...). Hoy nos recuerda la importancia de escuchar y hablar: “para saber decir al abatido una palabra de aliento..., el Señor me abrió el oído para que escuche”. Me gusta pensar que es una manera de irnos “empapando” de lo que vivimos esta Semana. Sin dejar nada nuestro fuera, con todos los sentidos. Insistentemente. ¿Quizá porque nos cuesta entrar en la Pasión? Creo que sí. Ya sea la Pasión de Cristo, la de otros hermanos o la nuestra.

Dice Isaías que si dejamos que el Señor nos “espabile el oído cada mañana”, además de tener palabras de consuelo con quien lo necesite, reuniremos la fuerza suficiente para no echarnos atrás. Cada uno sabrá cuál es su “atrás” en este momento: ¿mantener la calma en una situación donde me están tratando injustamente?, ¿continuar con un proyecto que me aterra aún sintiendo que es mi lugar y mi momento y que Dios también lo quiere?, ¿tomar la iniciativa entre los más cercanos de casa para poner algo de alegría, esperanza, cariño mutuo... en lugar de quedarme en el sofá con “mis cosas”?

Quizá también me conmueve esta insistencia litúrgica en proponernos ayer y hoy prácticamente la misma escena, desde otra perspectiva: ayer Juan, hoy Mateo. Pero la historia es la misma: la traición, la ruptura.

Traición suena desgarrador. Me es más fácil decir que algo se rompe: la amistad, la esperanza, la honestidad, la justicia, el amor... Algo se te rompe por dentro cuando traicionas porque en el fondo siempre TE traicionas a ti un poco, ¿no?

¿De verdad crees que Judas entregó a Jesús por 30 monedas? No lo creo. Suena a excusa. ¿Por dinero? No lo creo. Cuando rompemos con algo que nos ha dado la vida, que nos ha regalado un proyecto y una ilusión y un horizonte... tiene que ser por algo mucho más profundo. Algo mucho más decisivo que el dinero se nos ha roto por dentro.

Y lo peor no es eso. Lo peor es no ser capaz de parar cuando la tristeza o la desazón interior nos avisan de que nos hemos equivocado. ¿Te imaginas que Judas hubiera cambiado ese “¿seré yo acaso, Maestro?” por un “perdóname, Maestro, y ayúdame, que no sé qué me ha pasado”...?

Siempre estamos a tiempo...

Vuestra hermana en la fe,

Rosa Ruiz, Misionera Claretiana

Rosa Ruiz, Misionera Claretiana

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org